

# Entre amazonas y sabinas: un enfoque histórico del papel de las mujeres en la guerra

**Daniel Palmieri e Irène Herrmann\***

Irène Herrmann es profesora becaria en historia contemporánea en la Universidad de Friburgo y dicta la materia Historia Suiza en la Universidad de Ginebra. Daniel Palmieri es encargado de investigaciones históricas en el Comité Internacional de la Cruz Roja.

## Resumen

*En la actualidad, la guerra se sigue percibiendo como una prerrogativa exclusivamente masculina. En general, las mujeres están excluidas del debate sobre la guerra, salvo como víctimas pasivas de la brutalidad que les infligen sus contemporáneos varones. Sin embargo, la historia demuestra que, a través de las épocas, las mujeres también han participado en los conflictos armados y que incluso han desempeñado papeles protagónicos. En este artículo, se aborda la larga historia y las múltiples facetas de la intervención de la mujer en la guerra desde el punto de vista de su participación activa o pasiva en este tipo de violencia, y se pone en tela de juicio la pertinencia de la división de los papeles basada en el sexo en el contexto de la guerra, haciendo referencia a la práctica ancestral de la violencia armada.*

\*\*\*

\* Las opiniones reflejadas en este artículo pertenecen únicamente a los autores.

La guerra forma parte de la historia de la humanidad desde sus comienzos<sup>1</sup>. Sin embargo, esta actividad tan antigua parece haber sido un ámbito reservado sólo a una parte de esta humanidad, al punto que la guerra se sigue considerando esencialmente como un asunto de hombres. Para explicar este predominio masculino, se han propuesto diversos argumentos. Una “violencia innata”, un “instinto predador”, incluso una “pulsión de muerte” particularmente desarrollados en el hombre, en cuanto sujeto masculino, explicarían desde el punto de vista biológico su propensión a hacer la guerra. Las tradiciones culturales que inculcan a los niños varones, desde su más tierna edad, el culto a la guerra como un gesto que valoriza y aporta gloria, y que los inician en su práctica a través de la competencia y la exhibición de la fuerza, también serían responsables de esta dicotomía. Asimismo, los estudios antropológicos han demostrado que la guerra podía percibirse como una continuación de las actividades de caza y que muchas expediciones bélicas realizadas en sociedades tradicionales o preindustriales tenían como objeto “cazar” hombres por necesidades económicas o para satisfacer el apetito de vidas humanas de los dioses, si no el de los propios cazadores que practicaban la antropofagia...<sup>2</sup>

Por su lado, la otra mitad de la humanidad sólo aparece en muy escasas ocasiones en el discurso sobre la beligerancia, salvo exclusivamente como víctima. Presas o botín, las mujeres no serían, pues, sino objetos pasivos de la pasión guerrera de los hombres. O mejor aún: la naturaleza femenina tendería a comportamientos pacifistas y se opondría, entonces, al carácter bélico de los hombres. “Cuna de la vida”, la mujer no tendría lugar en el funesto campo de las batallas, excepto como víctima involuntaria de los horrores de la guerra.

Esta última afirmación se muestra inexacta con sólo observar nuestra época, que cuenta con la presencia de mujeres soldado en los ejércitos regulares o irregulares, incluso en el propio teatro de las hostilidades. No obstante, una mirada retrospectiva permite refutar una separación tan clara entre los actores de la guerra. Al igual que sus compañeros, las mujeres también han participado en la beligerancia, sin lugar a dudas, desde tiempos inmemoriales. A imagen de lo que sucedía en algunas sociedades tradicionales amerindias, las mujeres solían movilizarse en caso de guerra, ya fuera de manera simbólica —practicando rituales que se suponía aseguraban la victoria— o de manera práctica, participando directamente en la preparación de las expediciones militares u ocupándose de sus consecuencias (curando a los heridos, vigilando a los prisioneros). Sin embargo, su participación directa en los combates sigue siendo relativamente escasa, aunque existen guerreras en algunos pueblos indios americanos como los delawarenses, los navajos y los

1 Jean Guilaine, Jean Zammit, *Le sentier de la guerre: Visages de la violence préhistorique*, Le Seuil, París, 2000; Lawrence Keeley, *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford University Press, Oxford, 1996; Pierre Clastres, *Archéologie de la violence: La guerre dans les sociétés primitives*, Éditions de l'Aube, La Tour d'Aigues, 2005.

2 Costumbres que horrorizaron a los primeros visitantes. Véase Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre de Brésil*, Le livre de poche, París, 1994; también véase Marvin Harris, *Cannibals and Kings. The Origins of Culture*, Vintage, Nueva York, 1977, pp. 47-64.

cheyennes<sup>3</sup>. Esta ausencia se explicaría sobre todo por una división sexual de la utilización de los objetos. Así, aunque la guerra no estuviera formalmente prohibida a las mujeres, estas no tendrían los medios reales para llevarla a cabo, porque los hombres conservarían para sí el monopolio de las armas<sup>4</sup>. Esta explicación también permitiría entender hasta qué punto han marcado nuestro espíritu las Amazonas, legendarias mujeres guerreras por excelencia, justamente porque poseían atributos guerreros hasta entonces únicamente reservados a los hombres.

Este artículo se propone relatar la larga historia que vincula a las mujeres con la guerra según dos enfoques principales: las mujeres *en guerra* y las mujeres *en la guerra*. Luego, nos preguntaremos si es válido hacer una distinción sexuada en relación con la práctica ancestral de la violencia armada.

## Mujeres en guerra

Si bien las Amazonas fueron un mito, tuvieron émulas muy reales, cuya existencia está demostrada desde tiempos inmemoriales. A menudo, aquellas guerreras fueron soberanas. La más antigua de ellas, Ahhotep I, reina de Egipto, habría combatido al mando de sus tropas contra los invasores hicsos alrededor de dieciséis siglos antes de nuestra era.

Otras seguirán su ejemplo, como la china Fu Hao<sup>5</sup>, la bretona Boudica<sup>6</sup> o Zenobia, reina de Palmira<sup>7</sup>, para mencionar sólo a las figuras más conocidas de la Antigüedad. También tomaron el mando de ejércitos algunas mujeres de baja extracción. Sin duda, la más conocida sigue siendo Juana de Arco, condenada entre otras cosas a la hoguera no por haber tomado las armas, sino por ponerse ropa de hombre (incluida la armadura) para combatir<sup>8</sup>, una prueba más del tabú que rodea el uso de los objetos de guerra. El hecho de que algunas mujeres hayan podido ponerse el uniforme militar en algunas ocasiones, e incluso de que se hayan hecho pasar por hombres para combatir, está estrechamente relacionado con la ausencia de exámenes médicos para los futuros soldados, una práctica que entrará en vigencia recién en el siglo XIX.

Más recientemente, Laskarina Bouboulina<sup>9</sup> se hizo famosa en la guerra de independencia griega; su recuerdo aún perdura en varias calles que llevan su nombre en Grecia. En Estados Unidos, una tal Calamity Jane ofició de exploradora en el ejército estadounidense y participó en diversas campañas militares contra los indios. “La Norita” (su verdadero nombre es Nora Astorga Gadea) combatió junto a los sandinistas antes de volverse viceministra de Justicia y luego embajadora de

3 Emmanuel Reynaud, *Les femmes, la violence et l'armée*, Fondation pour les études de défense nationale, París, 1988.

4 Paola Tabet, *La construction sociale de l'inégalité des sexes: Des outils et des corps*, L'Harmattan, París, 2000.

5 Véase [http://fr.wikipedia.org/wiki/Fu\\_Hao](http://fr.wikipedia.org/wiki/Fu_Hao) (consultado el 19 de noviembre de 2009).

6 Véase <http://fr.wikipedia.org/wiki/Boadic%C3%A9> (consultado el 19 de noviembre de 2009).

7 Maurice Sartre, *D'Alexandre à Zénobie: Histoire du Levant Antique*, Fayard, París, 2001.

8 Georges et Andrée Duby, *Les procès de Jeanne d'Arc*, Gallimard, Folio Histoire, París, 1995.

9 Su historia es objeto de una novela de Michel De Grèce, *La Bouboulina* (Pocket, París, 2003).

Nicaragua en las Naciones Unidas. En África, Nehanda Nyakasikana dirigió la rebelión contra la ocupación británica en Mashonaland y Matabeleland (actual Zimbabue) a fines del siglo XIX,<sup>10</sup> mientras que Alice Auma (o Alice Lakwena, por el nombre del espíritu que se suponía dirigía sus actos y gestos) comandó, unos cien años después, el tristemente célebre *Holy Spirit Movement* en la lucha contra el gobierno de Uganda<sup>11</sup>.

Junto a estas jefas de ejército y otras más, muchas mujeres combatieron de forma colectiva, a menudo de común acuerdo con sus compañeros varones. Así, durante la Guerra Cimbria (113-101 a. de C.), las tropas germánicas también están compuestas por mujeres combatientes que, según las crónicas romanas, son más encarnizadas que sus homólogos masculinos. Después de la batalla final, librada en Vercelae en 101 a. de C., se cuenta que estas mujeres, al ver acercarse la derrota y tras la muerte de sus compañeros, prefirieron matar a sus hijos y suicidarse antes que caer en manos de las tropas de Cayo Mario<sup>12</sup> (la práctica del suicidio colectivo —*Jauhâr*— cuando se preveía la derrota militar también fue moneda corriente en las mujeres rajputs en la India entre los siglos XIV y XVII). En su *Guerra de las Galias*, Julio César también cita muchos ejemplos de participaciones femeninas en los combates. Más cerca de nuestra época, en 1798, durante la rebelión de Nidwald (Suiza central) contra la ocupación francesa, los rebeldes contaban con numerosas mujeres en sus filas, las cuales lucharon de forma aguerrida. La represión de los ejércitos franceses también dejó muchas víctimas femeninas entre los pobladores de ese cantón helvético<sup>13</sup>. Pero las mujeres soldado más conocidas siguen siendo las amazonas de los reyes de Dahomey<sup>14</sup>. Sus tropas, organizadas en el siglo XVIII (entrenadas, equipadas con fusiles y vestidas de uniforme), constituyen, cien años después, un ejército que podía llegar a tener 7.000 miembros femeninos, es decir, un tercio de los combatientes del reino. Conocidas por su crueldad y su valor, estas amazonas sorprenden a los visitantes/colonizadores europeos y contrarían sus principios burgueses. Cuando en 1890 el rey Behanzin emprende la guerra contra Francia, ellas ocuparán las primeras filas. Enfrente, los adversarios dudaron, en un primer momento y para su desgracia, en abrir fuego contra ellas. Finalmente, la superioridad del armamento francés —y la utilización de metrallas— acabará con ese cuerpo de elite y con el levantamiento del rey Behanzin.

Si bien esas unidades o tropas femeninas permanecen en el plano anecdótico en relación con los ejércitos masculinos, el estallido de los dos conflictos mundiales, sobre todo el segundo, no sólo generalizará la feminización de los ejércitos, sino que también incrementará de modo impresionante el número de mujeres combatientes.

10 David Lan, *Guns and Rain: Guerillas and Spirit Medium in Zimbabwe*, University of California Press, Berkeley/Los Ángeles/ Londres, 1985.

11 Heike Behrend, *La guerre des esprits en Ouganda. Le Mouvement du Saint-Esprit d'Alice Lakwena (1985-1996)*, L'Harmattan, París, 2000.

12 Floro, *Epitome rerum Romanarum*, partes III y IV.

13 En esta ocasión, el famoso pedagogo Jean Henri Pestalozzi fue nombrado director del orfanato de Stans (capital del cantón), que debía ocuparse de los numerosos huérfanos que dejaron la rebelión y su represión.

14 Joshua S. Goldstein, *War and Gender*, Cambridge University Press, 2001, Cambridge, pp. 60-64.

El fenómeno es realmente notable en Rusia. Ya durante la Primera Guerra Mundial, bajo el gobierno de Kerensky, se había enviado a combatir en el frente germano-ruso a una unidad de mujeres soldados, llamada “el batallón de la muerte” (¡!), que contaba con 2.000 voluntarias. Pero no fue hasta la Gran Guerra Patria, a partir de 1941, que se integró un número importante de mujeres al ejército soviético o en las filas de los guerrilleros. Se calcula que el número de militares mujeres llegaba a un millón, es decir, al 8% de los efectivos militares<sup>15</sup>. La mitad de ellas sirvieron en el frente, ya sea en cargos de apoyo o participando directamente en el combate. También asistimos al enrolamiento masivo de mujeres en los movimientos de resistencia y a su participación en la violencia armada, en especial en Italia y Yugoslavia<sup>16</sup>. Si bien los ejércitos de los otros Estados implicados en el conflicto mundial, tanto del lado de las potencias del Eje como de los Aliados, también recurrieron a veces a auxiliares femeninas, sólo las emplearon en la línea de fuego en contadas ocasiones y únicamente de manera individual.

En los conflictos posteriores, durante las guerras de liberación nacional, las mujeres también participaron activamente en los enfrentamientos, en particular en Vietnam donde, entre 1946 y 1975, se reclutaron varios cientos de miles, primero contra la ocupación francesa y luego contra las tropas de Estados Unidos y Vietnam del Sur. La guerrilla del ZANLA (*Zimbabwe African National Liberation Army*), que luchaba contra el régimen racista de Salisbury, contaba con unas 4.000 combatientes, que representaban el 6% de los efectivos de ese movimiento<sup>17</sup>. En las filas de los Tigres de Liberación del Eelam Tamil (LTTE, por sus siglas en inglés), el porcentaje de militares mujeres se elevó a más del 30%<sup>18</sup>. La participación de las mujeres en movimientos de oposición armada hoy sigue siendo una constante<sup>19</sup>.

Aunque a veces las mujeres estuvieron en igualdad de condiciones con los hombres ante el fuego enemigo, esa circunstancia no ocasionó ningún cambio importante en su condición dentro de la sociedad para la que luchaban armas en mano. Así pues, a pesar de sus evidentes cualidades guerreras, en la vida cotidiana las Amazonas del rey Behanzin no recibían mejor trato que las demás mujeres de Dahomey. En el ejército del Vietcong, las mujeres soldado generalmente eran consideradas inferiores a sus homólogos masculinos, prejuicio que reflejaba la posición de las mujeres en la sociedad vietnamita. Por otra parte, una vez terminado el conflicto, los ejércitos volvían a ser básicamente viriles, como el de la Unión Soviética de posguerra, donde el porcentaje de mujeres cayó al 0,2% de los efectivos totales<sup>20</sup>. Asimismo, la ya mencionada tendencia de las sociedades no industriales a impedir que las mujeres tomaran las armas se confirmó en el siglo XX, pese a que, en los hechos, las mujeres participaban en la guerra. La Unión Soviética, con sus cientos

15 E. Reynaud, *op. cit.*, nota 3, p. 20.

16 En Francia, en cambio, las redes de resistencia en general excluyeron a las mujeres de todo tipo de acciones de combate.

17 J. S. Goldstein, *op. cit.*, nota 14, p. 82.

18 Ídem, p. 83.

19 También es preciso tener en cuenta la presencia de combatientes mujeres en los procesos de desmovilización y reinserción en la sociedad civil, que hoy por lo general sólo conciernen a los hombres.

20 E. Reynaud, *op. cit.*, nota 3, p. 21.

de miles de combatientes mujeres entre 1941 y 1945, es un caso excepcional. En ese sentido, más que de mujeres en guerra habría que hablar de mujeres en la guerra.

## Mujeres en la guerra

Cuando se habla de las mujeres en la guerra, la primera imagen que viene a la mente es la de las mujeres víctimas de la violencia armada, pues es cierto que, al constituir la mayor parte de esa masa multiforme que se da en llamar “los civiles” y dado que esta población no combatiente suele estar en el punto de mira de los conflictos armados, son las primeras en sufrir los excesos de la belicosidad humana. Más adelante volveremos a esta categoría específica, pero antes debemos hablar de otras mujeres que participan en las hostilidades sin disparar una bala y cuyo destino a veces efectivamente se une al de las víctimas de la guerra.

Como hemos visto, las mujeres han estado comprometidas desde hace siglos en los preparativos y los esfuerzos de la guerra. Este compromiso se generalizó e institucionalizó con las guerras llamadas “totales”, cuya aparición tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX con la guerra civil estadounidense (1861-1865). Esos conflictos movilizan todos los recursos, tanto económicos como humanos, de un país. Las dos guerras mundiales son los máximos ejemplos de este fenómeno. En este contexto de convocación de todas las energías con fines bélicos, a las mujeres se les atribuyeron roles y tareas que no conocían en períodos de paz. Con frecuencia, el elemento femenino fue llamado primero a reemplazar a los hombres que partían al frente. Si bien en las zonas rurales esto no constituía una ruptura con las tradiciones previas, porque las mujeres suplían, como en ocasiones anteriores, la ausencia de sus congéneres masculinos, con la Primera Guerra Mundial el espacio urbano experimentó, en cambio, una feminización de los oficios hasta entonces reservados exclusivamente a los hombres (choferes de tren, carteros, etc.). En las fábricas, la mano de obra femenina en muchos casos se volvió mayoritaria, sobre todo en las que producían material de guerra. En Francia, por ejemplo, las obreras de las empresas de armas fueron bautizadas con el simpático nombre de “*munitionnettes*” [“municionetas”].

Esa participación femenina en la industria de la guerra alcanzó su apogeo durante la Segunda Guerra Mundial, y las “*Rosies*” (sobrenombre que se daba a las soldadoras en Estados Unidos y que luego se generalizó a todas las mujeres que trabajaban en fábricas) florecieron en todos los países y en diferentes niveles. Porque cabe señalar que, ya sea por razones ideológicas o tradicionales, los países del Pacto de Acero (Alemania, Italia y Japón) fueron más reticentes a contratar mano de obra femenina que los países aliados, dado que la guerra no parecía ser motivo suficiente para pasar por alto una política dictada por la costumbre de segregar a las mujeres<sup>21</sup>. Entre las naciones de la Gran Alianza, también se observan divergencias culturales, por ejemplo entre Francia y el Reino Unido, donde las ciudadanas se comprometieron de modo más masivo y sostenido en el esfuerzo bélico que sus pares francesas.

21 Claude Quérel, *Femmes dans la guerre, 1939-1945*, Larousse, París, 2004, p. 77 y ss.

El “home front” (el frente interno), como se lo llamó, pronto revistió también una dimensión estrictamente militar, con mujeres comprometidas en la protección del país y sus habitantes. Así pues, los ejércitos asistirán a la creación de diversos cuerpos auxiliares fundamentalmente femeninos. Esas voluntarias —llamadas “Lottas” en Finlandia, “ratones grises” en Alemania y “marinetas” en Francia— asumirán todas las funciones no vinculadas directamente con los enfrentamientos: administración, intendencia, conducción y mantenimiento de vehículos, transmisiones, control aéreo, defensa pasiva. Al finalizar la guerra, Gran Bretaña cuenta con más de 400.000 mujeres enroladas en los distintos cuerpos del ejército, es decir, cerca del 10% del total de las fuerzas armadas<sup>22</sup>.

No obstante, si hay un uniforme que las mujeres usan con más frecuencia en tiempos de guerra, es el de enfermera. El cuidado de los combatientes heridos es, en muchas culturas, una actividad tradicionalmente reservada a las mujeres. En las sociedades occidentales, antes de la constitución de la profesión de enfermera, se ocupaban de esa tarea las órdenes religiosas. Por ejemplo, en Francia, desde el siglo XVII, las “Hijas de la Caridad” trabajaron en diferentes campos de batalla y durante la campaña de Argelia de 1836<sup>23</sup>. Por otra parte, durante el Antiguo Régimen, los ejércitos de campaña estaban acompañados por una hueste de civiles —mujeres de los soldados, vivanderas, cantineras, lavanderas, prostitutas— que, cuando era necesario, debían atender a las víctimas masculinas. Esas “hijas del regimiento”, para retomar el título de una célebre ópera de Donizetti, pronto serán eclipsadas por la aparición de una nueva categoría de socorristas provenientes de la sociedad civil.

Generalmente se toma la Guerra de Crimea (1853-1856) como la fecha de aparición de las enfermeras profesionales. Mientras que en el campo ruso, con el impulso de la gran duquesa Elena Pavlovna, se organizaba un cuerpo de “hermanas de la caridad”<sup>24</sup>, los ejércitos ingleses vieron desembarcar a “la dama de la lámpara”, Florence Nightingale, y un grupo de 38 enfermeras voluntarias que ella misma había formado. La irrupción de mujeres, además de las religiosas y las prostitutas, en el mundo de la guerra no dejó de provocar fuertes reticencias en el cuerpo médico militar. La moral victoriana de la época se oponía a esa transgresión femenina en un universo compuesto y reservado únicamente a los hombres. Pero tácitamente, la principal queja contra esas mujeres era sobre todo que su trabajo dejaba al descubierto la ineptitud y la insuficiencia de los servicios de salud existentes. Esto, sin embargo, no impidió que las enfermeras estuvieran presentes en todos los escenarios de operaciones entre 1870 y 1914. Es más, en algunos países, las enfermeras civiles fueron integradas a los ejércitos gracias a la constitución de unidades *ad hoc*. Durante las dos guerras mundiales, todos los países que formaron parte del conflicto tuvieron sus enfermeras militares, a menudo en hospitales civiles, pero también en el frente o bajo los bombardeos.

22 Ibid., p. 136.

23 Renée Lelandais, “Les Filles de la Charité sur les champs de bataille, 1847-1863”, en *Préludes et pionniers. Les précurseurs de la Croix-Rouge, 1840-1860*, Société Henry Dunant, Ginebra, 1991, pp. 299-319.

24 Walter Gruber, “La grande-duchesse Hélène Pavlowna et ses auxiliaires en Crimée”, en *Préludes et pionniers, op. cit.*, nota 23, pp. 119-129.

Aunque hubo enfermeras que dejaron su nombre grabado en la historia, en algunos casos fue en contra de su voluntad. Es el caso de Edith Cavell, una enfermera británica fusilada por el ejército alemán en 1915 por ayudar a soldados aliados a huir de Bélgica. En Gran Bretaña fue y sigue siendo la imagen del martirio. Otra enfermera y heroína nacional, la belga Gabrielle Petit, fue ejecutada en 1916, también por los alemanes, acusada de ayudar a la inteligencia militar británica. Porque, en efecto, a menudo se utilizaba a las mujeres como auxiliares de los servicios de inteligencia de los ejércitos, tanto en las sociedades industriales como en la preindustriales (en las islas Fiji, se solía emplear a las mujeres como exploradoras o vigías que luego informaban a los combatientes)<sup>25</sup> o simplemente como espías. Indudablemente, la más mítica sigue siendo Mata Hari (cuyo verdadero nombre era Margaretha Geertruida Zelle), que corrió la misma suerte que Cavell y Petit, pero en su caso a manos de los franceses<sup>26</sup>. Aunque las mujeres fueron los ojos del enemigo, en determinadas ocasiones también fueron sus portavoces. El compromiso femenino en la guerra de propaganda fue notable sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial. Las imágenes de Marlene Dietrich entreteniéndolo a multitudes de entusiastas soldados estadounidenses (o, más adelante, las de Marilyn Monroe frente a las tropas estadounidenses enviadas a la Guerra de Corea) se han difundido ampliamente. La estrategia también fue utilizada por las potencias del Eje. Así, la “Rosa de Tokio” se ocupará de desmoralizar a los soldados estadounidenses movilizados en el Frente del Pacífico, difundiendo los últimos *hits* musicales estadounidenses y haciéndolos preguntarse cruelmente sobre la situación de sus mujeres o novias, a las que habían dejado en su país<sup>27</sup>.

Finalmente, la última categoría de mujeres en la guerra es la de las trabajadoras humanitarias. Al igual que las enfermeras, con las que pueden confundirse, las humanitarias están presentes en la historia de los conflictos armados sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX. En primer lugar, se mantienen lejos del campo de batalla, están organizadas en grupos de buena voluntad de carácter transitorio y trabajan para hacer llegar vendas, hilas o productos reconfortantes (tabaco, vino, licores, etc.) a las víctimas militares. Estas “asociaciones de mujeres” se irán institucionalizando con el tiempo y en algunos casos se fusionarán directamente con las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja, que se constituyen en Europa a fines de siglo. La presencia de mujeres humanitarias cerca de las víctimas (esta vez sobre todo civiles) de la violencia armada aparece recién a fines de la Primera Guerra Mundial y con la creación de instituciones como *Save the Children Fund*, por ejemplo. El nacimiento del movimiento sin fronteras en los años setenta volverá a encontrarlas, esta vez trabajando directamente en las zonas de guerra y, como consecuencia, “obligará” a algunas organizaciones humanitarias hasta entonces compuestas fundamentalmente por hombres (como el Comité Internacional de la Cruz Roja, CICR) a feminizar sus filas.

25 ICRC, *Under the Protection of the Palm: Wars of Dignity in the Pacific*, CICR, mayo de 2009, p. 16.

26 Pat Shipman, *Femme fatale: Love, Lies and the Unknown life of Mata Hari*, William Morrow & Company, Nueva York, 2007.

27 C. Quétel, *op. cit.*, nota 21, pp. 110-111.

## Las mujeres víctimas de la guerra

La participación voluntaria de las mujeres en los conflictos, como combatientes o como apoyo al esfuerzo de guerra, en algunos casos puede llevarlas a su victimización. En el caso de las mujeres soldado, la consecuencia más fatal, por supuesto, es la muerte, prueba de que en muchas ocasiones se lanzan al combate al igual que los hombres. Por ejemplo, en el caso del Ejército de Liberación Nacional del general Tito, durante la guerra murió el 25% de los efectivos femeninos, frente al 11% de los hombres<sup>28</sup>. Asimismo, fueron muchas las mujeres miembros de redes de resistencia que pagaron su participación con la vida.

La captura constituye un fin *a priori* menos trágico, aunque depende exclusivamente de la buena voluntad de la autoridad detenedora. Así pues, las auxiliares del ejército alemán, retenidas en el campamento estadounidense nº 29 en Chalon-sur-Saône, gozaban de condiciones de vida agradables y aprovechaban el tiempo para tomar sol (según el testimonio del delegado del CICR que las visitó, su bronceado no tenía nada que envidiar al de las polinesias)<sup>29</sup>; en cambio, las polacas del ejército del general Bor-Komorowsky (*Armia Krajowa*) prisioneras de guerra en Alemania, sufrían severas privaciones, lo cual motivó a sus compañeros masculinos a pedir al CICR que las tomara específicamente bajo su protección<sup>30</sup>. El propio CICR envió una nota, en enero de 1945, a los gobiernos alemán, estadounidense, británico y francés, señalándoles que el Convenio de Ginebra de 1929, que protege a los prisioneros de guerra, también se aplicaba a las prisioneras, “puesto que las mujeres [tienen] derecho al mismo trato, cuando no a uno mejor, que los hombres”<sup>31</sup>.

Pero, de modo más general, las mujeres sufren la guerra aunque no participen en ella. Su exposición a las nefastas consecuencias de los conflictos armados suele ser involuntaria. Durante los bombardeos masivos a ciudades, muy corrientes ya desde la guerra civil española, las mujeres, como parte integrante de la población civil no combatiente, pagaban un alto precio por esa violencia ciega. Incluso durante los bombardeos dirigidos contra objetivos estratégicos, las víctimas femeninas corren el riesgo de ser muchas, dada su participación como mano de obra en la economía de guerra. Cuando se producen éxodos masivos, casi todas las personas desplazadas son mujeres. La imaginería moderna conserva en la memoria, al menos desde las guerras balcánicas de 1912-1913, esas largas filas de civiles huyendo de los combates.

La deportación es otra forma de partida forzada. Las deportaciones de poblaciones civiles, utilizadas a menudo como medio para doblegar a los combatientes ejerciendo presión contra sus familias, han sido una práctica corriente en el

28 E. Reynaud, *op. cit.*, nota 3, p. 22.

29 Archivos del CICR (en adelante, ACICR), C SC, Francia, campamentos en manos de Estados Unidos, 1945, C. C. E. 29, Chalon-sur-Saône, Subcampo nº 1, Château de Loyère, informe de la visita del 18 al 20 de julio de 1945, p. 4.

30 ACICR, B G 25/40, Mujeres polacas del Ejército del general Bor-Komorowsky, P. G. en Alemania.

31 ACICR, B G 25/40, Llamado a los gobiernos, carta del presidente Burckhardt a Anthony Eden, 9 de enero de 1945.

siglo XX. Muy a menudo, la deportación fue el preludio de una política de exterminio, como en el caso de los hereros, los armenios y más adelante las poblaciones judías de Europa. Y, si bien no siempre se llega a tales extremos, la internación de esas poblaciones desplazadas por la fuerza en los denominados campos de concentración tuvo efectos funestos sobre ellas a consecuencia de las condiciones de vida insalubres que reinaban en esos lugares. En efecto, una cuarta parte de las casi 100.000 personas —en su mayoría mujeres y niños— enviadas a campos de concentración británicos durante la Segunda Guerra de los Bóers (1899-1902) murieron de hambre o de enfermedad<sup>32</sup>.

Separadas de sus comunidades y aisladas, las mujeres suelen convertirse en blanco de la violencia sexual<sup>33</sup>. Corolario de la guerra, la violación lamentablemente ha acompañado a ésta a lo largo de la historia desde la Antigüedad. En *La Ciudad de Dios*, San Agustín señala que violar a las mujeres es un procedimiento habitual durante los saqueos de las ciudades tomadas, al mismo nivel que masacrar a los hombres. Trascendiendo la cuestión de las culturas, la violación de guerra está presente en todos los conflictos y lo único que puede variar es su intensidad. Desde las violaciones masivas cometidas antes y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial (Antony Beevor estima en dos millones el número de alemanas violadas por el ejército soviético durante la caída del Tercer Reich, en abril de 1945)<sup>34</sup> hasta aquellas, igualmente importantes en número, perpetradas durante conflictos más recientes (Bosnia Herzegovina, Chipre, Ruanda, etc.), esta brutalidad sexual penaliza doblemente a sus víctimas porque, además del acto en sí mismo, las mujeres violadas a menudo se ven excluidas por su comunidad de origen. Las consecuencias de la violación (embarazos no deseados o enfermedades de transmisión sexual) son algunos de los factores que agravan el aislamiento de las víctimas. Por otra parte, en lo que respecta a la sexualidad en tiempos de guerra, las mujeres no son iguales a los hombres. La colaboración llamada “horizontal” entre mujeres y ocupantes extranjeros a menudo ha sido severamente castigada (rapado de la cabellera<sup>35</sup>, exposición pública de la desnudez, marcación de los cuerpos) por los comités de depuración de posguerra, y sin siquiera tener en cuenta los motivos intrínsecos que habían llevado al establecimiento de ese tipo de relaciones (historias de amor, necesidad de protección, problemas materiales, etc.). Por el contrario, las prostitutas que siguieron ejerciendo su profesión durante la Ocupación por lo general no fueron blanco de ese espíritu de venganza, tal vez porque de todas formas ya se las consideraba mujeres perdidas.

Por último, aunque escapen a esos distintos destinos trágicos, de todas formas las mujeres siguen siendo víctimas de la guerra por el solo hecho de que ésta puede fácilmente segar las vidas de sus maridos, hijos, padres o hermanos que han partido como soldados. Convertidas en viudas o huérfanas de hecho o por

32 Martin Meredith, *Diamonds, Gold and War: The British, the Boers, and the making of South Africa*, Public Affairs, Nueva York, 2007, p. 457.

33 Llegado el caso, su condición de combatientes no las protege necesariamente de las agresiones sexuales.

34 Antony Beevor, *Berlin. The Downfall 1945*, Viking, Londres, 2002, p. 414.

35 Para el caso de Francia, véase Fabrice Virgili, *La France «virile»: Des femmes tondues à la Libération*, Payot, París, 2003.

asimilación (por la desaparición de sus seres queridos), tienen que seguir viviendo con el peso de esa ausencia.

## Conclusión

“Los hombres inventaron la guerra para estar sin las mujeres y entre hombres”, escribió maliciosamente Jean Giraudoux<sup>36</sup>, también autor de la famosa obra teatral *La guerra de Troya no tendrá lugar*. Ahora bien, tanto la cita del escritor francés como el título de su obra resumen la percepción común que se suele tener de las relaciones que las mujeres mantienen con la violencia armada. Aunque se las excluye voluntariamente del campo de batalla —ámbito por excelencia de la virilidad—, las mujeres suelen ser objeto de las querellas y las codicias guerreras masculinas. En las selvas tropicales sudamericanas, por ejemplo, los pueblos yanomanis confiesan francamente que sólo van a la guerra para apropiarse de mujeres<sup>37</sup>, víctimas por excelencia de la brutalidad belicista de los hombres.

Las líneas precedentes muestran, sin embargo, que la distinción entre género y beligerancia no es tan clara. En todas las épocas, las mujeres desempeñaron un papel, aunque sea mínimo, en esta actividad humana, cuando no fueron ellas mismas las actrices principales. Aunque sigue siendo un fenómeno minoritario (según Goldstein<sup>38</sup>, las mujeres representarían sólo el 3% de los efectivos de las fuerzas militares del mundo), la feminización de los ejércitos contemporáneos no es sino el resultado de un largo acercamiento entre la feminidad y el conflicto, proceso hoy favorecido por la decadencia de la movilización masiva, nacida con la revolución de 1789, y la profesionalización de la profesión militar. Es más, las mujeres combatientes están muy presentes en los imaginarios nacionales, en particular como símbolo vinculado con la defensa del territorio. Basta pensar en las alegorías de Marianne, Helvecia, Germania o Boudica para convencerse. La idea de que la patria, en peligro pero dispuesta a defenderse a cualquier precio, sea una figura femenina no es en sí sorprendente. Se la puede relacionar fácilmente con el mundo animal, donde a menudo las hembras luchan hasta la muerte para proteger a su progenie de un peligro externo.

Este último punto nos lleva a la cuestión, generalmente eludida, de la relación de las mujeres con la violencia de guerra. Comúnmente, matar es un gesto típicamente masculino. Consideradas como “la cuna de la vida”, se supone que las mujeres deberían suplir por medio de la procreación los vacíos que dejaría en la sociedad la actividad guerrera de los hombres, e incluso seguir proveyendo “carne de cañón”. De esta dicotomía social fundamental ha surgido toda una serie de estereotipos —nacidos a fines del siglo XIX con el antimilitarismo y exacerbados durante la gran carnicería de 1914-1918 y luego retomados en parte por los movimientos feministas de principios de la década de 1970 en el contexto de la guerra de Vietnam— que convierten a las mujeres en seres enclenques (el famoso “sexo

36 *Sodome et Gomorrhe*, Grasset, París, 1943, p. 130.

37 J. S. Goldstein, *op. cit.*, nota 14, p. 7.

38 *Ibíd.*, p. 10.

débil”) e inocentes, incapaces de derramar sangre y, por lo tanto, esencialmente tendientes a la paz antes que a la violencia, dado que conocen el valor de la vida humana por tener que darla a luz. Ahora bien, aunque efectivamente, en términos estadísticos, las guerras siguen siendo mayormente terreno de los hombres, esto se debe ante todo a factores de discriminación contra el género femenino, más que a características atávicas. Muy por el contrario, en las obras de la antropóloga Margaret Mead<sup>39</sup> se ha postulado que las mujeres tendrían mayor propensión a matar que los hombres en situaciones de conflicto armado. Esta predisposición estaría ligada a un menor control de su agresividad que sus congéneres masculinos, sobre todo por razones culturales. En efecto, al contrario de los varones, las niñas no son educadas para aprender y controlar cierto tipo de violencia respetando las reglas del juego, como suele suceder en algunos deportes considerados esencialmente masculinos (por ejemplo, el rugby). En cambio, se les enseña a reprimir esa agresividad latente, lo cual las volvería especialmente peligrosas en el caso de que ésta se expresara: “Podría ser totalmente contraproducente permitir que las mujeres, acostumbradas por su educación a contener su agresividad, participen en la guerra ofensiva. En cambio, la guerra defensiva no presenta los mismos inconvenientes, puesto que despierta, por el contrario, la base biológica de la defensa del nido y los pequeños”<sup>40</sup>. En la medida en que se confirme, esta perspectiva permite explicar, en todo caso, por qué las guerras de resistencia contra un invasor extranjero tienen una participación femenina tan significativa en los enfrentamientos<sup>41</sup>.

Otro punto conflictivo tiene que ver con la relación íntima de las mujeres con la violencia de guerra. Si bien la historia muestra que hubo mujeres que participaron en conflictos armados desde la Antigüedad, esta misma historia deja sobreentender, entre líneas, que de cierta forma lo hicieron contra su voluntad, justamente porque un peligro mayor amenazaba la existencia de la comunidad. Excepto esas situaciones extraordinarias, el instinto de dañar al prójimo, por fuera de toda amenaza fundamental, seguiría siendo un “privilegio” masculino. Sin embargo, existen hechos históricos que invalidan esa visión angelical y muestran que la palabra “verdugo” también puede atribuirse a miembros del sexo femenino.

Para referirnos sólo a ejemplos recientes, recordemos que el “escándalo de la prisión iraquí de Abu Ghraib”, como lo llamaron los medios, demuestra que, fuera de todo límite, las mujeres también pueden cometer actos tan horribles como la tortura y sentir un placer perverso al hacerlo. Las soldados estadounidenses implicadas en estas prácticas no tienen nada que envidiar a “la perra de Buchenwald”, Ilse Koch, o a “la perra de Auschwitz”, Irma Grese, que habían ejercido su sadismo

39 Margaret Mead, “A national service system as a solution to a variety of national problems”, en M. Anderson (ed.), *The Military Draft: Selected Readings on Conscription*, Hoover Institution Press, Stanford, California, 1982, p. 441 (edición original de 1967, reimpresión con autorización de la editorial a partir de *The Draft: A Handbook of Facts and Alternatives*, editado por Sol Tax, University of Chicago Press, Chicago). Citado en E. Reynaud, *op. cit.*, nota 3, pp. 163-164.

40 *Ibid.*, p. 164.

41 Esta hipótesis también se ve reforzada por el hecho de que la participación en las hostilidades a menudo era la única posibilidad que se ofrecía a las mujeres —que en su mayoría no tuvieron ningún derecho político hasta fines de la Segunda Guerra Mundial— de participar en la elaboración de un destino nacional.

y brutalidad sesenta años antes. Asimismo, la presencia de mujeres entre los kamikazes que se inmolan en Irak, Chechenia y otras partes del mundo demuestra que ellas también están dispuestas a convertirse en vectores de una violencia ciega, confirmada también por la participación de mujeres soldado en las masacres de civiles, como en el caso de las combatientes del LTTE. Por último, una figura tan caritativa como la de la enfermera también ha podido pervertirse al servicio de una ideología totalitaria<sup>42</sup>.

Y algo peor: las mujeres también pueden cometer un crimen de guerra hasta entonces visto como únicamente masculino: la violación... contra otras mujeres. En efecto, un estudio reciente sobre la guerra civil en Sierra Leona ha demostrado que la participación directa de mujeres en suplicios sexuales infligidos a víctimas femeninas no era un fenómeno desconocido, ni siquiera marginal<sup>43</sup>.

Es verdad que la existencia de esas “ovejas negras” no contradice el hecho comprobado de que las mujeres aún entran mayormente en la categoría de víctimas de la guerra. Esta posición, en torno a la cual gira el discurso de las organizaciones humanitarias, sigue reforzándose en la medida en que no cuestiona, en nuestras sociedades, los preceptos de la educación de los niños, ni determinado orden social, ni tan siquiera nuestro imaginario sobre los géneros. En otras palabras, es más fácil relegar en todas partes a las mujeres a un rol pasivo antes que considerarlas capaces de ser actores de pleno derecho, tanto en la guerra como en otros ámbitos.

Esta dicotomía entre guerreros y madres también permite, al estigmatizar a los primeros y mostrar como inocentes a las segundas, eludir la cuestión molesta: que la guerra y la violencia asociada a ella no es una cuestión de sexo, sino ante todo de individuos, y que debemos considerar la belicosidad como una actividad humana, no como una actividad de hombres. Dicho en términos más crudos, cada uno de nosotros, sea hombre o mujer, también puede caer un día en la barbarie.

42 Sobre la participación de las enfermeras alemanas en el programa de eutanasia implementado por el Tercer Reich, véase Rebekkah Bronwyn McFarland-Icke, *Nurses in Nazi Germany*, Princeton University Press, Princeton, 1999.

43 Dara Kay Cohen, “The Role of Female Combatants in Armed Groups: Women and Wartime Rape in Sierra Leone (1991-2002)”, ponencia presentada en el coloquio internacional *Les viols en temps de guerre: Une histoire à écrire*, París, 11-13 de mayo de 2009.

